

Olegario Lazo Baeza (1)

## El amigo



TARDECE dulcemente...

Por el camino polvoriento, bordeado de álamos de hojas amarillentas, marcha al paso de su caballo barroso un viejito con aspecto de mendigo. Tiene el rostro arado por el tiempo. Como casi todos los campesinos de su edad, va constantemente estimulando su montura con las espuelas romas por cuarenta años de uso diario. El animal, por la fuerza de la costumbre, se muestra insensible a los gastados acicates. Sólo aligera el paso cuando las rodajas le desgarran las costras de las antiguas lacras rojas de sus flancos, que no están del todo cicatrizadas.

Al llegar al punto denominado «El Romero», el caminante se detiene frente a la vara de una casita de paja. En un pequeño corredor, colgado de un gancho de madera, se orea un cuarto de cordero, fresco y gordo. En el suelo hay manchas oscuras de sangre seca, que indican el lugar de la inmolación anual... El viejito saca el pie del estribo y lo apoya en la vara, para descansar del largo viaje. Después, carraspea y grita: —¡Carta, comadre Juana!

---

(1) Nació en 1878 y a los 20 años se graduó Oficial de Caballería de nuestro Ejército. Su amor romántico a esta arma inspira casi todos sus cuentos, trazados con mano maestra.

Se abre la puerta del humilde rancho y aparece una mujer cincuentenaria, morena, de pelo negro. La siguen varias gallinas blancas, de cresta roja, que esperan los puñados de maíz que acostumbran recibir, diariamente, a esa hora.

Juana estira la mano al hombre, pero éste le corta el saludo pasándole la anunciada carta. La recibe sin mirarla y pregunta, alborozada:

—¿Será de mi hijo?

—Lo ignoro...

—Abrala... Léamela, compadre.

El viejo toma nuevamente la carta, rompe el sobre con su larga uña del meñique amarillento y arrugado, desdobra el papel y lo aleja de su vista todo lo que da el brazo tembloroso. Deletrea un par de minutos en voz imperceptible, e informa:

—Es de Pancho... Viene a verla...

El rostro de Juana se ilumina de emoción, emoción profunda y tierna de madre:

—¡Qué gusto, Dios mío!

Recoge la esquina de su delantal negro y se lo lleva a los ojos, empañado por las lágrimas. Calla un instante, y pregunta:

—¿Se acabó la guerra, entonces...?

—No, comadre. Pero según dijo ayer el patrón ya están por liquidar a esas malditas montoneras...

El viejo calla y se rasca la barba larga y blanca.

La mujer ruega:

—Lea otra vez la carta y cuénteme todo lo que dice el niño.

El hombre, que como buen viejo, era ladino y no quería confesar que no entendía bien los manuscritos, se excusó:

—No alcanzo a ver bien la letra, Es muy rechica, comadre.

—Bueno... Dígame siquiera cuando llega.

El veterano mira la carta de reojo y se siente incómodo...

De buena gana escaparía de esta tortura, que empieza a hacer-

lo transpirar. Por fin, le arremete a una segunda lectura. Entiende bien el párrafo en que Pancho anuncia que está en Santiago ya, y que llegará en dos días más.

Temeroso de nuevas exigencias, el compadre pretextó que era tarde y partió sin querer desmontarse a «comer un asadito al palo».

Juana entró a su casa y mientras preparaba su ligera comida de la tarde, recordaba la partida de su hijo...

Fué muy dolorosa.

Vino a buscarlo un alférez de caballería. No le supo el nombre, pero lo reconocería en el acto. ¿Cómo olvidar su cara si le guardaba rencor...?

Fué cruel, antipático.

No hizo caso de sus lágrimas cuando le pidió dejar a Pancho, por ser viuda sin más apoyo que su hijo. El oficial le habló de la patria, de las grandes bajas del Ejército y de otras cosas que no entendió. Ella sólo comprendía el arrebató de su «niño». Pero en medio de su pena tuvo un consuelo. Un amigo de Pancho, Manuel Morales, que también iba en el grupo de los jóvenes reclutas, se acercó para decirle:

—No se aflija, ña Juana. Yo le ayudaré en el peligro...

La pobre mujer, enternecida y confiada en un apoyo tan frágil, lo abrazó y besó como si fuera su hijo.

Ahora se preguntaba:

—¿Qué será de este amigo de Pancho? ¿Volverán juntos, tal como partieron...?

La carta, que guardaba en el seno, tal vez lo diría; pero como no sabía leer, tendría que esperar la llegada del propio ausente para que se la leyera... Y al hacer los preparativos para festejar a su hijo, tomaba siempre en cuenta a Morales. En vez de un quesillo de cabra, de una empanada de peras, de un pan de grasa, hacía dos,

El día de la llegada, Juana tenía la casa barrida y limpia: y el cajón, que hacía las veces de aparador, estaba lleno de co-

sas de comer. Y aunque ella no tomaba vino, había conseguido que el compadre le trajera dos litros de la aldea vecina.

Sin conocer la hora exacta en que llegaría el ausente, desde la mañana empezó a salir al camino. De pie en medio de la carretera, se hacía visera con las manos a lo lejos. La vista tropezaba con el intruso recodo. . . . y el niño no aparecía.

Cansada de tanta salida infructuosa, entró al pequeño corredor, y se sentó en un pisito (1). Como era tarde ya, entristecida, pensó:

—No llegará hasta mañana.

Y se quedó largo rato ensimismada, los codos en las rodillas y las manos en la cara. De repente oyó ruido. Miró, inquieta, hacia el camino. Y vió a su hijo. . . Su hijo, más crecido, más desarrollado, vistiendo el elegante uniforme de la caballería. Se acercaba sonriente.

La madre se levantó de un salto, corrió hacia él y cayó en sus brazos, sollozando de placer. Echó la cabeza atrás para mirarlo y lo besó una y otra vez.

Pasados los primeros transportes de alegría, Juana comenzó a darle alimentos y golosinas sin reparar en los peligros de una indigestión. El hijo comía por cuatro, reparando hambres atrasadas. Entre bocado y bocado, dijo que la guerra estaba por terminar, y que él no alcanzaría volver al frente. Juana, feliz con estas noticias, le sirvió vino y sólo entonces se acordó de Morales:

—¿Qué es de él. . . ? preguntó.

—Voy a decirle, mamita,

Echó un trago, ordenó un segundo sus ideas y relató:

—Hace justamente un año que mi regimiento, después de marchar quince días seguidos, acampó en un peladero sin recursos. Se nos dijo que allí descansaríamos una semana. Pero no fué así: por lo menos para mi escuadra. Esa misma noche,

---

(1) Taburete pequeño.

a las doce, nos despertaron y ordenaron ensillar. Montamos y partimos al mando de un señor oficial.

Movió la cabeza, disgustado:

—En la guerra siempre está uno marchando, y no descansa nunca.

La madre protestó:

—¡Qué barbaridad, niño!

—Anduvimos el resto de la noche y al venir el día nos ocultamos en un bosque retupido. Al oscurecer continuamos la marcha. Parece que nuestro superior conocía mucho esos lugares, porque jamás lo vimos vacilar en los senderos más extraviados, ni consultar una carta.

La anciana interrumpió:

—La tuya no me la leyó toda el compadre...

El soldado sonrió con indulgencia y continuó:

—El iba a la cabeza de la tropa y marchaba con bastante resolución y seguridad. Como a las once mandó alto y desmontar. Quedamos medio ocultos en una pequeña quebrada. Nos reunió en círculo, para decirnos en voz baja:

—«A cien metros de aquí, en esta dirección—, y mostró con el brazo hacia adelante—, está el río Amarillo. Al otro lado hay fuerzas enemigas. El comando del regimiento necesita saber si son de infantería caballería o artillería. Me ordenó averiguarlo sin exponer más que la vida de un solo hombre».

Nos preguntó:

—¿Han entendido?

Respondimos en coro:

—Sí, mi teniente.

Y agregó:

—«Para mayor sigilo y seguridad de éxito, hay que atravesar el río a nado y sin caballo. Tiene trescientos metros de ancho, pero su corriente es suave, no arrastra árboles ni troncos y sus aguas está templadas por el calor del día.

El señor oficial nos miró por lo bajo:

—¿Quién se atreve a pasar al otro lado?

Como todos éramos buenos nadadores, los ocho jinetes de la escuadra nos pusimos firmes y respondimos a una voz:

—Yo, mi teniente.

Sonrió satisfecho:

—Decidirá la suerte...—dijo.

Y sacó su libreta de partes de campaña, desprendió una hoja en blanco y con ella hizo ocho boletitos. Los colocó dentro de su gorra y nos hizo sacar uno a cada uno de nosotros. Interrogó:

—¿Qué hubo...? ¿A quién le tocó...?

Y alumbró con una linternita sorda.

Miramos nuestro papelito.

Todos callaban, menos yo que leí una palabra escrita con letras muy gruesas: *Comisión*.

Me dió un golpe al pecho, pero no fué de miedo... Se lo juro, mamita. El superior me previno:

—Usted debe ser prudente; porque es una empresa arriesgada y peligrosa. Hay que echarse desnudo al río, explorar desnudo y sin armas y volver a este mismo sitio.

Pensó un instante:

—Con el enemigo al frente, puede cumplir su misión antes de aclarar; es decir, en tres o cuatro horas más. Sin embargo, para su tranquilidad, lo esperaremos veinticuatro.

Yo me acordé de usted, mamita... Creí que iba a dejarla sola para siempre... y me dió mucha pena. Pero a pesar de todo, tuve valor para entregar el caballo y el armamento a mi compañero de fila.

La mujer, impresionada, empezó a sollozar. El hijo la abrazó y, después de tranquilizarla, prosiguió su relato:

—En esos instantes, Manuel Morales se cuadró frente a nuestro jefe y le dijo con voz firme y respetuosa:

—¿Mi teniente...?

El superior levantó la cabeza y escuchó.

—Soy amigo del soldado Zúñiga. Su madre es viuda pobre. Si su hijo muere, no tendrá quién la mantenga... Yo soy huérfano. No he conocido padre ni madre... ¿Por qué no me da la comisión a mí?

El señor oficial calló un segundo y respondió:

—Eres un buen amigo... Irás tú, entonces...

Mi teniente, mi cabo de escuadra y yo fuimos a dejarlo hasta la orilla del río silencioso y oscuro. Me entregó su ropa y me pidió el cuchillo que los de caballería llevamos en la bota. Se lo puso entre los dientes y entró al agua desnudo, avanzando de pie. Antes de tirarse a nado, nos hizo una expresiva señal de adiós. La distinguimos a favor de la claridad de la noche estrellada. Cuando lo perdimos de vista, nos reunimos a la patrulla. Allí le esperamos diez, veinte, treinta horas.

Su caballo relinchaba tristemente al verse solo...

Y Morales no volvió nunca, ni se supo nunca más de él.—

En los canjes de prisioneros tampoco apareció.

—Mi teniente, que sabe mucho, cree que ha sido fusilado por espía, al ser sorprendido sin uniforme en el campamento enemigo.

Al terminar Pancho el relato, su madre sollozó.

—¡Pobrecito...! ¡Que Dios lo tenga en su Santa Gloria!

—Murió por mí—dijo él.

—Menos mal que no tenía madre—respondió la mujer.

Y estrechó tiernamente al hijo contra su pecho.